

---

## «El breve (y esperpéntico) «Estat catalá»

EN la mañana del día 5 de octubre de 1934, Agustí Calvet, «Gaziel», director del diario «La Vanguardia Española», de Barcelona, era violentamente expulsado de su despacho por un grupo de facinerosos armados con pistolas. «Uno de ellos llevaba polainas, otro vestía un mono de mecánico y los demás como obreros cualesquiera. ¿De dónde venían? ¿Quiénes eran?», se preguntaba días después el periodista en una crónica en la que relataba la jornada en la que el presidente Companys había proclamado desde el balcón del palacio de la Generalidad, la efímera —sólo duraría diez horas— independencia del Estado catalán, dentro de la República Federal Española («La Vanguardia Española», 11-10-34).

Su testimonio de primera mano no era el relato frío y distante de un periodista que cumple con su estricta obligación profesional de informar. «Gaziel», catalán de pro, impregnaba por lo general su trabajo de unos hondos sentimientos regionalistas. Al referirse a uno de los lamentables episodios que narra, escribiría profundamente conmovido: «Al conocerlo, me dejé caer sobre un taburete con la sangre helada en las venas, estupefacto, estúpido, mirando delante de mí. Debí de ser en aquel momento la imagen del hombre que queda ciego instantáneamente».

No fueron, ciertamente, unas horas gloriosas aquellas que duró la independencia de Cataluña. Otro testigo de ella, el también periodista Enrique de Angulo, corresponsal del diario «Ya» en Barcelona, dejaría igualmente testimonio de su transcurso en un texto, hoy un documento histórico inapreciable, titulado precisamente «Diez horas

del Estat Catalá», que con innegable sentido de la oportunidad acaba de reeditar «Editorial Encuentros». En este caso, el relato trasciende

---

*Si hace setenta y dos años no dudaron en plantearla mediante una acción de guerra, hoy lo hacen desde la más confortable convicción de su dominio sobre un Gobierno débil y claudicante*

---

toda posible emoción, para reflejar con veracidad fotográfica la realidad entre bufonesca y patética del episodio, hasta el punto de que el lector tiene que remitirse a la tópica imagen de las revoluciones bananeras para encontrar una referencia equiparable.

Las históricas —e histéricas— diez horas, que cubrirán de ignominia a sus protagonistas, comienzan, como digo, al final de la tarde del día 5 con la alocución que pronuncia Companys entre el entusiasmo de quienes lo rodean y de los cientos de personas congregadas ante el palacio de la Generalidad. Se cuenta en este momento para el golpe con varios miles de «escamots», una especie de milicianos de Ezquerra Catalana y la complicidad de varios militares. Pero ¿qué piensa de todo esto el general don Domingo Batet, capitán general de Cataluña, republicano de convicción y hombre de larga tradición familiar regionalista, cuya colaboración o cuando

menos inhibición se da por segura?

Al mensajero que se le envía para que manifieste su actitud, le pide una hora para meditar la gravísima decisión que deberá tomar. Le bastarán, sin embargo, unos pocos minutos para decidirse. La respuesta no puede ser más expresiva: a las diez de la noche ya están dos piezas de artillería y una sección de ametralladoras apuntando a la fachada del palacio presidencial en cuyo interior, al entusiasmo inicial ha sucedido el pánico. «Un total pesimismo y un tardío arrepentimiento se apoderó de todos. El retumbar de los cañones les dio a los defensores la cereteza de que iban a morir y puso pavor en sus corazones», escribe Angulo con inocultable sarcasmo. No era para tanto. De los dieciséis cañonazos disparados en la plaza de la República, once lo eran con pólvora sola o con granadas sin espoleta. Cerca de las seis de la madrugada del día 6, Companys anuncia a Batet su propósito de capitular, pero el general exige la comunicación por radio de la decisión, lo que «maltrecho, derrotado, anhelante y ya sin fuerzas», hace ante el micrófono.

Tampoco resistirán mucho más los otros dos reductos de la rebelión: el Ayuntamiento y el edificio de la Consejería de Gobernación, si bien en estos el final de la lucha no pasará a la historia de las rendiciones honrosas, dadas sus grotescas características. Dirigían a los sitiados en la Consejería, el consejero Dencás y el diputado Badía, que ejerce de «generalísimo» de la sublevación, «vestidos ambos con “briches” y leguis, camisas verdes, correa, cartucheras, y en el caso del último, fajín rojo de general y grandes gemelos de campaña en

bandolera». No tuvieron la dignidad de entregarse. Con sus adlátares huyeron a través de un pasadizo secreto que daba a las alcantariillas, en cuyas aguas residuales se debatió el «generalísimo» durante un buen rato.

Por lo que respecta al Ayuntamiento, los ediles celebran a las diez de la noche, cuando ya retumbaban los cañones, un Pleno en que aprueban su adhesión al pronunciamiento. La satisfacción por el acuerdo iba a durar más bien poco.

Una hora después un cañonazo destruía el balcón principal del edificio y, como en los casos anteriores, el pánico indiscriminado suscitaba al júbilo. En pleno desconcierto es un modesto agente de la Policía Municipal el que toma la última decisión: sin ayuda de nadie —todo el mundo está pensando en la mejor forma de escapar— coloca en uno de los listones del balcón destruido, a modo de bandera de rendición, una toalla sucia. Imagen más simbólica, imposible.

Si Angulo es, como se ve, un fiel relator de los singulares acontecimientos que se desarrollan ante sus ojos, también es un fino y agudo analista. En este sentido, cabe decir que sus consideraciones interpretativas le sirven para añadir un plus de interés complementario a un documento en el que recompone el contexto en el que hay que situar lo ocurrido. Sirva como ejemplo el capítulo que dedica a las responsabilidades, o mejor colaboraciones implícitas de que dispusieron los separatistas. En él incluye a todos los políticos españoles de las tres últimas décadas, «que se prestaron a ser juguete de éstos, a pesar de que al más lerdo no podían escapársele sus últimas intenciones». No es para él Azaña, el menos relevante, y no sólo por su política en general, sino por lo

que duda en dudar como directa participación en el «punch».

Azaña viaja a Barcelona unas semanas antes de los sucesos con poco claras intenciones. A última hora del día 6, ya normalizada la

---

*El relato del periodista  
Enrique de Angulo, ahora  
reeditado, es hoy un  
documento histórico  
inapreciable para entender la  
proclamación de  
independencia lanzada por  
Companys*

---

situación, se ocultaría en el domicilio de un amigo en el que sería detenido tres días más tarde. Para muchos historiadores, Stanley Payne entre ellos, no resulta difícil relacionar su comportamiento barcelonés, con el golpe civil que había preconizado unos meses antes, tras el triunfo electoral de la derecha. Mediante él se forzaría la mano del presidente de la República, Alcalá Zamora, para formar un Gobierno de salvación republicana entre los republicanos de izquierdas, los socialistas y la Izquierda Catalana. Pero ocurre que los socialistas tienen ya su propia revolución en marcha y en todo caso no les ilusiona especialmente formar parte de un Gobierno burgués, con lo que el intento se queda en agua de borrajas (Stanley G. Payne: «El colapso de la República»).

Dos hechos concretos abonan para Angulo su certidumbre: la celebración en la Generalidad de una reunión, la víspera misma del golpe, a la que Azaña llega a las

dos de la madrugada, «hora poco apropiada para las visitas de cortesía», y su participación en una reunión urgente de la directiva de su partido, de la que sale media hora justa antes de la proclama de Companys, cuya inminencia conocía, sin que intentase disuadir a este o cuando menos poner en guardia al Gobierno de Madrid. A mayor abundamiento no deja de ser notoria la participación en la insensata aventura de amigos y correligionarios suyos, entre los que Angulo cita al tristemente famoso capitán Arturo Menéndez, que fuera director general de Seguridad durante el bienio azañista y a quien se le responsabiliza de la masacre de campesinos anarquistas en Casas Viejas, y a los igualmente militares, Boch, Pérez Salas, Ricarta y Guarner.

Subjetividades aparte, el valor del reportaje de Angulo para el lector de hoy, estriba fundamentalmente en la iluminación que proyecta sobre la realidad actual de los partidos catalanes. Si hace setenta y dos años no dudaron en plantear su reivindicación separatista mediante el ejercicio de una acción de guerra, hoy lo hacen desde la más confortable convicción de su dominio sobre un Gobierno débil y claudicante. En ambas ocasiones, lo que se pone en juego en el mismo concepto de España como nación.

No se consiguió entonces la consolidación de una República Federal Española. Hoy, sin embargo, con la más que previsible aprobación del Estatuto Catalán y el consiguiente reconocimiento de la nación catalana, su posibilidad no parece en absoluto descartable. Cabe preguntarse si es esto lo que también se pretende desde Madrid.

**Juan Ramón PEREZ LAS  
CLOTAS**